

**INFLUENCIAS DE ORIENTE EN LA FIGURA DE
MARCEL PROUST Y ANTECEDENTES A UNA
COMPARACIÓN ENTRE *À LA RECHERCHE DU
TEMPS PERDU* Y *EL BUDISMO***

**EASTERN INFLUENCES OF THE FIGURE OF
MARCEL PROUST AND PREDECENTS TO A
COMPARISON BETWEEN *À LA RECHERCHE DU
TEMPS PERDU* AND *BUDDHISM***

David NAVA GUTIÉRREZ*
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN: El presente estudio se encarga de buscar en la figura de Marcel Proust influencias de Oriente. Concretamente, de la filosofía que nace de los discursos de Siddhartha Gotama conocida mundialmente como budismo. Tras la publicación de varios artículos por parte de algunos comentaristas de *À la recherche du temps perdu* en los cuales se sostiene que Proust y Buda albergan rasgos comunes, hemos querido

* Profesor de la asignatura Valores Éticos de E.S.O. en el Colegio Base de Madrid. Doctorando en Filosofía, Ciudad Universitaria, Plaza Menéndez Pelayo, s/n, 28040 Madrid, dnava@ucm.es

poner la atención en la vida y en la obra de Proust y confirmar si, efectivamente, el escritor francés se dejó llevar por estas exóticas verdades y culminar su obra, como Buda, en una Iluminación. Asimismo, reuniremos aquí los trabajos de estos comentaristas proustianos, pues nunca antes habían sido agrupados en una misma investigación, del mismo modo que tampoco nunca se han evaluado sus propuestas en torno a este tema proustiano.

PALABRAS CLAVE: japonismo, orientalismo, Iyer, Memić, Humphries, nirvana.

Abstract: The present study looks for influences from the East in the figure of Marcel Proust. Specifically, from the philosophy that is born from the sermons of Siddhartha Gotama known worldwide as Buddhism. After the publication of several articles by some commentators of *À la recherche du temps perdu* in which it is said that Proust and Buddha have common features, we wanted to focus on the life and work of Proust and to confirm whether the French writer was indeed influenced by these exotic truths and to culminate his work, like Buddha, in an Enlightenment. We will also bring together here the work of these Proustian commentators, as they have not previously been grouped together in a single investigation, just as their proposals on this subject have never been evaluated.

KEYWORDS: Japanism, orientalism, Iyer, Memić, Humphries, nirvana.

1. Introducción

El ensayista y novelista Pico Iyer escribió en 2013, dados sus vínculos con la India y sus estudios literarios, un sucinto artículo en *The New York Review of Books* relacionando a Proust con Buda:

El Buda, tal y como yo lo concibo, dedicó su existencia fundamentalmente al sencillo ejercicio de permanecer sentado y decidido a no levantarse hasta no ser capaz de ver más allá de sus propias confusiones y diferentes proyecciones de la verdad acerca de qué era (o no era) y de cómo armonizar con todo ello.

¿Acaso soy el único que piensa que esto suena como alguien en una habitación sellada, que ha permanecido solo y encerrado durante años y contemplando enérgicamente, sin desviar un ápice la mirada, sus propias experiencias y memorias simplemente para averiguar cuánto de ello eran deseos y cuánto ilusiones y engaños de la mente? (párr. 2)

El título con el que leemos esta tesis: *Proust: The accidental Buddhist*, evidencia que Iyer solamente sospecha que algunas de las reflexiones que nos invita a hacer el francés son, de algún modo, similares a las de la Enseñanza de Buda. Entre otras cosas, porque Buda, como Proust, sondan la posibilidad de que nuestra realidad, tal y como la concebimos, no es más que una apariencia, (párr. 3), esto es, una invención humana que no alcanza la originalidad que nos propone realmente la vida; o también porque Proust, por medio del hábito, lo mismo que Buda por medio del apego, nos advierte que el sufrimiento tiene una causa (párr. 6). No obstante, Pico Iyer deja abierto el estudio y la posibilidad de hallar si el parecido entre Proust y Buda se justifica por el hecho de que el literato conocía de primera mano los conocimientos budistas o si, por el contrario, es producto de la casualidad. Así las cosas, lo que proponemos en este artículo es cimentar estos conocimientos y hallar si realmente los indicios ciegos de Iyer son correctos. Nos ceñiremos únicamente a localizar las posibles influencias budistas en la figura de Proust, y dejaremos para otro lugar una investigación centrada, más concretamente, en los rasgos budistas que se puedan encontrar en su obra¹.

¹ Esta investigación la hemos realizado en los estudios de doctorado con una Tesis titulada: *Proust y Buda: la superación del sufrimiento. Una lectura budista de À la recherche du temps perdu*. La propuesta nace cuando Proust, en el último volumen de su obra *Le Temps retrouvé*, dota al héroe de una inminente revelación que le permite no sólo descifrar las verdades que escondían *les souvenirs involontaires*, sino transgredir *les lois de la vie* en una teoría estética de todas suertes *extra temporel*. Nuestro objetivo se convierte entonces en un seguimiento de los pasos del héroe y observar cómo su esfuerzo por lidiar con el *sufrimiento* es –salvando las distancias– parecido al camino que propone Buda para confrontarlo. Para llevar a cabo esta empresa, reparamos en la enseñanza que se desgrana de las *Cuatro Nobles Verdades* que analizan el sufrimiento.

La conclusión principal de este trabajo es, en efecto, poder afirmar que la *Recherche* sigue un itinerario parecido al de la Enseñanza de Buda. Será importante reconocer que tanto Proust como Buda han conseguido reparar en *dukkha* (el sufrimiento), ofreciendo una solución al mismo. Con todo, lo que se desgrana a su vez de esta lectura es que la teoría estética de Proust, elaborada gracias a las verdades de la *memoire involontaire*, anuncia una realidad semejante a la de Buda por medio del *nibbāna* (nirvana), ya que el yo sufriente de Proust parece “desaparecer” cuando se propone erigir su gran obra de arte, dando lugar a un yo que ya no

En este orden de ideas, el primer capítulo lo vamos a dedicar a abordar la sospecha de Iyer: investigaremos si estuvo o no Proust influido por el budismo. Y el segundo capítulo, en tanto en cuanto nos sumergimos en un Proust más oriental, damos pie a la aparición de diferentes autores que también plantean una relación entre ambos. Será la primera vez que estos autores aparezcan juntos para abordar y solucionar el problema aquí planteado.

2. En busca de las influencias budistas en la figura de Proust

Después de releer la novela², de repasar las correspondencias³, de revisar los diferentes libros escritos a lo largo de su vida⁴, de examinar las diferentes biografías⁵ así como de las numerosas cavilaciones en torno a su persona, no hay propiamente dicho nada que nos haga confirmar que Proust conociese de primera mano las escrituras budistas. Y en cierto modo resulta natural: todas las fórmulas de vida que hoy conocemos del sudeste asiático no calaron en el continente europeo hasta mediados del siglo XIX, cuando los textos comenzaron a traducirse y algunos escritores y artistas empezaron a sentirse atraídos por sus costumbres y creencias. Pero el hecho de no haber encontrado una referencia evidente que nos indique un interés de Proust por las filosofías orientales o, más

sufre, un “no-yo”. Por todo ello, si las conclusiones finales de la novela de Proust reposan en lo *extra temporel* (el yo desaparece para convertirse en genio), y las de Buda lo hacen en la vacuidad (en una dimensión donde no hay yo –*anattā*–), las nuestras se antojan evidentes: Proust esboza literariamente un proceso de autenticidad que se resuelve cuando se enfrenta al sufrimiento.

Esta investigación se publicará, como el presente texto, en diferentes artículos, reservando para éste únicamente la búsqueda de influencias budistas en la vida de Marcel Proust.

² Para la redacción de este artículo se ha utilizado la obra de Proust *À la recherche du temps perdu* establecida y dirigida en un volumen por Jean-Yves Tadié, en la editorial Gallimard. La traducción de la misma utilizada es la que realiza Mauro Armiño (2000-2005) en la editorial Valdemar con el título *A la busca del tiempo perdido*, en tres volúmenes. Las citas de la *Recherche* se pondrán en el lenguaje original sobre el texto y en castellano en el pie de página.

³ Proust y Rivière (2017); *Correspondence de Marcel Proust* (1993).

⁴ *Los placeres y los días* (1975); *Contre Sainte-Beuve* (2011); *Jean Santeuil* (1971); *El indifere-rente* (2005); *La muerte de las catedrales* (2013); *Sobre la lectura* (2003), son los títulos de los textos que dejó escritos Marcel Proust.

⁵ Diesbach (2013); Painter (1967); Maurois (1958).

concretamente, por el budismo, no impide que el lector encuentre semejanzas entre ambos, y, por tanto, que exista un punto que los vincule. Ahora bien, ¿cuál es la conexión entre Proust y Oriente?

Estrechemos para este respecto el círculo, tanto de la vida, como de la obra, de Marcel Proust. Queremos encontrar algún tipo de huella –filosófica o literaria, artística o simbólica– que nos acerque a la veracidad de nuestra premisa. Y aunque sea leve esta proximidad, leve como el equilibrio que encuentra el protagonista entre el mar azul de Balbec y el rostro de Albertine, acontecimiento que le lleva a comprender –como a Buda– el cambio y la impermanencia inexorable en todos los fenómenos, es tarea nuestra analizar el tema y buscar hondamente si Proust, al menos, estableció contacto con Oriente de una manera indirecta.

Así las cosas, recorriendo *el lado de Méséglise*, examinando *el lado de Guermantes*, poniendo la atención en la narración y leyendo con un ojo budista, sí nos complace anunciar que existen efectivamente lazos de naturaleza indirecta. Lazos que nunca antes habían sido estudiados para abordar esta cuestión. Todavía más: en el seno de dicha investigación uno se percató de que Francia, desde el siglo XVII aproximadamente, mantuvo una búsqueda silenciosa hacia ese enigma que todavía hoy inspiran las filosofías asiáticas⁶. Ahora bien, ¿cuáles son estas influencias?

2.1. Schopenhauer y el genio romántico

Si tenemos que nombrar a alguien que haya evocado con vitalidad estas doctrinas, ese es el filósofo Arthur Schopenhauer, pionero en Occidente en esta difícil labor de mezclar culturas diferentes. Aunque su pensamiento se sitúe en el epicentro de la corriente romántica de la Alemania del siglo XIX, su obra culmen, *El mundo como voluntad y representación*, pone de relieve su influencia por el mundo de los vedas, los upanishads, el budismo, el hinduismo o el taoísmo. Proust, con gran apetito por la filosofía desde pequeño, leerá y releerá la obra de Schopenhauer con gran interés, seguramente empujado por la ferviente postura idealista de Gabriel Séailles, su profesor de estética cuando Proust cursó una licenciatura de letras y filosofía con veintidós años.

⁶ Véase en Martino (1906).

La semejanza entre Proust y Schopenhauer no pasa desapercibida. El de Danzig ha conseguido superar la herencia kantiana sobre el modo en que percibimos los fenómenos. Estos, para él, son sólo apariencias que nos impiden ver la verdadera realidad. ¿Por qué no puede ser la *cosa en sí* o el *noúmeno* que hereda de Kant alcanzable al conocimiento? La voluntad (*Wille*) es la luz que va a dar sentido a su pensamiento.

Fijando entonces la atención en la novela, nos preguntamos: ¿no se encuentra el narrador embebido por este mismo afán? El idealismo de uno y otro remite a la figura de un *génie* que se adosa el arduo ejercicio de buscar lo que Platón situó en el *mundo de las Ideas*. Schopenhauer y Proust nos recuerdan que el mundo está reorganizado en nuestra propia condición de ser humano. En el *yo* está el *todo* o, como dice Proust: el *macrocosmos* se hace patente en el *microcosmos*. En este indudable abismo de realidades se hace iridiscente la luz de la voluntad, la única luz que puede sacarnos de la ceguera de tantos *velos* de ignorancia y de deseos que portamos. Si Kant sorteó toda suerte de obstáculos; si su pensamiento consistió en la búsqueda de una salida a tamaña red laberíntica, de pronto nos encontramos que en cada callejón oscuro por donde Kant sólo pudo dar media vuelta, en Schopenhauer encontramos disparos de verdad. En este sentido, para el romántico alemán no hay laberinto; hay velos, hay problemas de identidad, hay cultura y hay historia.

Oriente puede ser en buena medida un cristal que refleje la luz de la voluntad. Schopenhauer buscó ese efecto. Pero en Proust lo que vemos es de nuevo un laberinto. Y es que el narrador está inmerso en una busca oceánica: recorre *le côté de Swann* y atraviesa *le Côté de Guermantes* —el mundo de la nobleza y el mundo de la aristocracia; el sendero de las pasiones y el camino de la mundanidad—. Pero, ahora bien, ¿en busca de qué? Y nadie se opondrá si afirmamos que aquello que *busca* el narrador de la *Recherche* es inefable, en gran medida porque lo Absoluto se antoja incommunicable. Pensemos, por ejemplo, en la magdalena:

J'avais cessé de me sentir médiocre, contingent, mortel. D'où avait pu me venir cette puissante joie ? Je sentais qu'elle était liée au goût du thé et

du gâteau, mais qu'elle le dépassait infiniment, ne devait pas être de même nature. D'où venait-elle? Que signifiait-elle? Où l'appréhender? (1999: 45)⁷

Incomunicable dado que el lenguaje, los conceptos, no agotan el fenómeno, es decir, la idea misma. Pero, a la postre, son elementos de luz que se proyectan en lugares, en senderos, en lecturas... El héroe, alertado de que su búsqueda es inconmensurable, conforme avanzamos en la lectura observamos que deja de buscar; entonces, persigue. Y en la medida que va transcurriendo su vida advierte estos agujeros de luz en más lugares, por ejemplo: en los campanarios, en los árboles, en el lunar de Albertine, en la prodigiosa *petite phrase* musical de Vinteuil, etc.

Su ardua búsqueda está basada en los reflejos que Schopenhauer ha creado. Entonces el narrador se convierte sin duda en *génie*⁸. Se convierte en genio cuando averigua que el arte puede tender un puente hacia esta naturaleza escurridiza. Pero lo verdaderamente importante –y lo que tratamos de investigar en este momento– es si los destellos schopenhauerianos no son las luces claras de Oriente, esto es, las palabras de Buda, la imaginación de la India, en definitiva, el *nibbāna*⁹.

Anne Henry, en su espléndida obra *Marcel Proust: theories pour une esthétique*, es la primera en corroborar la poderosa influencia de Proust por el pensamiento de Schopenhauer. Esta autora solo puede ver en el escritor francés una continuación romántica del idealismo alemán y, a su personaje, el heredero de carne y hueso que comprende las necesidades del genio. Y no es para menos, el filósofo aparece mencionado directa e indirectamente a lo largo de la *Recherche*, sobre todo cuando el vórtice narrativo recae sobre la música, el espejo vivo de la voluntad para Schopenhauer.

⁷ «Había dejado de sentirme mediocre, contingente, mortal. ¿De dónde había podido venirme aquel gozo tan potente? Lo sentía unido al sabor del té y del bollo, pero lo superaba infinitamente, no debía de ser de igual naturaleza. ¿De dónde venía? ¿Qué significaba? ¿Dónde cogerlo?» (2000: 43).

⁸ Hasta que no alcance *Le Temps retrouvé*, el héroe piensa que no tiene “cualidad genial”. «Je sentais que je n'avais pas de génie [...]» (1999: 143). «Me daba cuenta de que carecía de talento [...]» (2000: 155).

⁹ Para aludir a los términos budistas, utilizamos el lenguaje pali en lugar del sánscrito. El *nibbāna* es, en sánscrito, el nirvana.

Pero Henry no es la única que ha distinguido el schopenhauerismo de Proust, también Julia Kristeva dedica un capítulo de su libro *El tiempo sensible, Proust y la experiencia literaria* a relacionar al autor de la *Recherche* con Schopenhauer. Y respecto a la *sensibilidad* musical de la novela, afirma que «la música [tanto en Schopenhauer como en Proust] es inmediatamente la Idea a la vez que la esencia del mundo, el lenguaje perfecto del Ser que escapa al “dolor del tiempo”» (2005: 336). Y citando a Schopenhauer: «la música no expresa jamás el fenómeno, sino la esencia íntima, el adentro del fenómeno, la voluntad misma» (2005: 336).

El papel que adopta el septeto de Vinteuil en la *Recherche* es decisivo a la hora de recobrar el tiempo perdido del narrador, porque de todos los signos reveladores que aparecen a lo largo de la narración, *la petite phrase musicale* posee un tabique tan fino, es tan sensible al oído de la conciencia, que Swann y también el héroe son capaces de escuchar el murmullo del *mundo como voluntad* en ella. La música es el pasadizo a aquello que el héroe vislumbra azarosamente a través de recuerdos involuntarios, ya sabemos: «les souvenirs involontaires».

Siguiendo el curso de estas ideas, podemos tomar en consideración el estudio *La mirada contemplativa desde el recuerdo, Proust y Schopenhauer* que realizamos en otro lugar y observar el parecido entre, por un lado, el estado que moviliza al héroe al experimentar un recuerdo involuntario y, por otro lado, ese estado que Schopenhauer llama «puro sujeto de conocimiento», mediante el cual el *genio* se hace fugitivo del *mundo como representación* (2015: 3-14). Pero es a raíz de la presente investigación que podemos reforzar esta relación y afirmar que el parentesco se debe a que ambos, Proust y Schopenhauer, están jugando con las nociones orientales de un sujeto expuesto a lo mundialmente conocido como *nibbāna*: el estado que expone al sujeto a una liberación espiritual, de felicidad suprema.

Brevemente dicho, que Proust se encomiende a la estética de Schopenhauer es, en definitiva, únicamente sinónimo de lazo indirecto con Asia. Lo verdaderamente importante de todo esto es ver cómo a partir de estas influencias mitad románticas, mitad orientales, los andamios que empieza a colocar Proust para elaborar su *Catedral del Tiempo* se apoyan sobre el tema central de casi todas estas filosofías, a saber, en la insatisfacción inherente del ser humano (*dukkha* para Buda).

2.2. Nietzsche

Entretanto, si seguimos buscando influencias indirectas entre Proust y Buda, no es menor el interés de Proust por Nietzsche, a quien seguramente recurrió al comenzar sus estudios de filosofía. Sucesor de las ideas de Schopenhauer, Nietzsche también mantuvo un prolongado interés por las filosofías orientales. Lo constatamos, por ejemplo, leyendo en *El Anticristo*:

El budismo es cien veces más frío, más veraz, más objetivo. No tiene necesidad de hacer decentes sus sufrimientos, su capacidad de dolor, mediante la interpretación del pecado; dice simplemente lo que piensa: yo sufro. (2000: 39)

Cabe agregar al respecto que, así como Anne Henry reducía la obra de Proust a una prolongación idealista platónica, autores como Georges Bataille o Maurice Blanchot entienden que la novela se lee mejor desde una óptica nietzscheana. Es decir, advierten que Proust supera la corriente metafísica iniciada con Platón y reconducida por Kant, y que, como interpreta Duncan Lague, filósofo alemán consagrado a reunir todos estos comentarios en su tesis doctoral *Nietzsche and Proust: a comparative study*, Proust ha sabido introducir el «eterno retorno» nietzscheano en su propia novela, exactamente cuando el libro que escribe el narrador comienza en la última página que está leyendo el lector, conduciéndonos a todos al principio. «Al final de la novela de Proust su narrador supera su pesimismo epistemológico reconsiderando como positiva la creatividad de la interpretación en un arte de Autocreación» (1995: 150)¹⁰. Un proceso de *autocreación* que toma Proust –según este autor– del *Übermensch* de Nietzsche, y que él repara en los *insight* o momentos de lucidez que genera la *mémoire involontaire*.

2.3. «Orientalismo» y «japonismo» en Francia

Pero Schopenhauer y Nietzsche no van a ser los únicos que acerquen las culturas y pensamientos orientales al autor de la *Recherche*, en una suerte de sincretismo todavía más indirecto descubrimos que Francia siempre ha tenido

¹⁰ La traducción es nuestra. Hay que indicar, para no repetirnos, que el resto de las citas, exceptuando las de la novela de Proust, han sido traducidas también por nosotros.

curiosidad sobre toda la cultura oriental, desde el próximo al lejano Oriente. Según el lingüista francés Pierre Martino, artistas y escritores franceses, desde el siglo XVII, encontraron satisfacer este apetito que se acabó por denominar en el siglo XIX «orientalismo» (1906: 108).

Situadas en la mesita de noche de Proust desde su infancia, son muchas obras francesas las que han sido coloreadas por el exotismo oriental. Es el caso de Racine, seducido por la civilización turca al escribir *Bajazet*, o los poemas de Leconte de Lisle, entreverados por un parnasianismo con sabor a Oriente. Sin olvidar la influencia a nivel mundial cosechada por ese inmenso libro que es *Las mil y una noches*, tan próximo a las divagaciones literarias del narrador de Proust, que encuentra en todos estos cuentos una clara identificación con sus sentimientos.

En conjunto, centrándonos en un orientalismo más próximo a las zonas allegadas del budismo, encontramos que la misma Francia atraída por las tragedias de Racine despierta en el siglo XIX un gran interés por estas milenarias corrientes, las cuales, juzgadas con escasos conocimientos, son consideradas panaceas del sufrimiento. Desde el gran historiador Jean Michelet hasta Flaubert, grandes estudiosos y escritores encuentran en Asia un fondo de creación e invención para sus propios intereses. La autora Thipsuda Orprayoon, en su tesis doctoral *Quelques aspects de la religion et de la philosophie de l'Inde dans la littérature du XIXe siècle français*, ha profundizado plenamente en esta influencia:

En el siglo XIX la literatura francesa coincide con el nacimiento del orientalismo. Los románticos y parnasianos se encuentran entre los primeros grupos de escritores que tienen contacto directo con el fruto del trabajo de los indios. Alfred de Vigny descubrió, en el espiritualismo de la India, el tema de la ascensión del alma y el del «silencio del Buda». Victor Hugo está interesado en temas de exotismo indio y aspectos hindúes que atraen la atención del público. Lamartine y Michelet buscan la confirmación de sus partidarios románticos en los antiguos sistemas de la India. Leconte de Lisle y Jean Lahor buscan conocer más profundamente las filosofías de la India (1992: abstract).

Son muchos autores los que han picoteado en estas tierras. Pero de todos ellos, Leconte de Lisle es la figura, por detrás de Schopenhauer, que más influyó sobre Proust en el ámbito de las enseñanzas budistas. El poeta y precursor del parnasianismo presenta una fuerte influencia por la filosofía oriental, y hacia él deposita su atención Marcel Proust. Es más, Proust pone en boca de algunos personajes (Bergotte y Elstir) versos del propio Leconte, los cuales, entregados al narrador bajo el mismo rumor que los sermones de Buda hacia los monjes, que permanecían atentos a las cuestiones del Maestro, son capítulos que nos recuerdan a los diálogos de Sócrates. Tal es el escenario *mayéutico* que propone Proust en algunos puntos de su novela. En definitiva, podemos afirmar que un maremágnum de ideas orientales ha devenido en auténticos clásicos franceses, y que Proust, de todos ellos, «bebió».

Siguiendo nuestro análisis, si tenemos que mencionar una aportación verdaderamente lúcida acerca del vínculo entre la literatura francesa y Oriente, esa es la de Jeff Humphries. Este profesor de literatura y practicante del budismo ha reparado en la conexión franco-oriental en su libro *Reading Emptiness: Buddhism and Literature*, donde no sólo expone esta conexión –con las múltiples dificultades que siempre ha tenido Occidente por entender con lucidez las nociones y las culturas orientales– sino que va a acercar al lector a una larga reflexión sobre el arte japonés y el estilo de vida de este país, tan influenciado por el budismo zen, el taoísmo o el sintoísmo. Un orientalismo cercado en última instancia en Japón que acabará llamándose en Europa «japonisme», del que mucho se ha escrito, por cierto, con respecto a Proust. No obstante, lo verdaderamente interesante de Humphries no es su «japonismo» o su «orientalismo», lo que nos ha llamado la atención es que va a trazar toda su investigación social y literaria situando a Proust como enclave cultural entre Oriente y Occidente, permitiéndole comparar en más de una ocasión la técnica literaria de Proust con las técnicas artísticas de Japón. Y es que, dada la inmersión de un escritor en su obra, dada la gran cantidad de tiempo que deposita en sus personajes y el que emplea para la narración, un libro –al menos un libro como el que ha escrito Marcel Proust– sólo puede ser producto de una conciencia creadora, distanciada de su propio yo. Las verdaderas obras de arte, decía Schopenhauer, son aquellas trazadas por el *génie*, siendo «genio» aquél que ha conseguido huir de sí mismo y se ha convertido en *espejo de la realidad*. Es por esto que dice Humphries: lo más parecido que tenemos al Camino Medio en Occidente es la práctica de la literatura¹¹.

¹¹ Véase el análisis de Tsuchiya a Humphries en *Literature and Theology* (2001).

El *japonisme*, acabamos de mencionar, es la segunda ola oriental que invadió Francia en el siglo XIX. Precisamente, en virtud de la descriptiva novela de Proust conocemos al detalle esta corriente y su fuerte enraizamiento en los salones de la alta sociedad francesa. Pero no sólo calaron las artes niponas en la flor y nata de la sociedad, los propios artistas comenzaron a desarrollar cambios en sus obras. El pintor de la novela Elstir reagrupa en el seno de su protagonismo a grandes pintores impresionistas que estuvieron marcados por el *japonismo*: Manet, Degas, Renoir, entre otros. Estudios como los de Suzuki (2003), Luc Fraisse (1997) o Hokenson (1999) contrastan esta influencia. Como indica el primero: «a lo largo de su lectura, un lector de la *Recherche* se encuentra con muchos objetos de origen Japonés» (1995: 265). Desde la decoración proustiana de las flores, integradas plenamente en la novela, hasta la vestimenta de algunos personajes, como por ejemplo la presencia de los kimonos.

Ahora bien, cabe preguntarse: ¿no es posible un desdoblamiento hacia la cultura budista tras la cortina de tantas características japonesas? Es decir, ¿es posible que todos estos aspectos japoneses constituyesen en Proust un filón donde encontrar numerables aspectos budistas? Causa de ello –puestos a indagar sobre el tema– es el papel que desempeña el mismo Elstir. «Cuando se analiza el *japonisme* en esta novela, nada es más significativo que “la influencia de Japón” sufrida por Elstir» (Suzuki, 2003: 266). Y es que el pintor de la novela tiene por modelo a Whistler, a Monet, a Degas o a Vuillard, entre otros pintores, y precisamente éstos fueron algunos de los responsables a la hora de traer esta corriente a Francia.

Y en esta misma línea, si la figura de Elstir está hecha a condición de estos modelos, es natural que Suzuki indique: «este pintor introduce al joven narrador en el mundo del arte: al mirar las diversas pinturas de Elstir, el joven aprende a escribir» (2003: 266).

Es cierto que Elstir influye en la escritura del narrador, pero tendremos que añadir a las palabras de este crítico proustiano que no es sólo por el peso artístico la causa por la cual el narrador aprende a escribir. Lo que deposita el pintor al joven narrador no son sólo técnicas con las que poder enfrentarse a la realidad (impresionismo, simbolismo), sino que, a través de su carácter, su deferencia y, sobre todo, porque algunas de sus frases están completamente entreveradas de un fuerte aroma budista¹², es por lo que el joven narrador alcanza lo que le ocupa

¹² Ya hemos mencionado que Elstir muchas veces recoge frases de Leconte de Lisle.

toda su vida: *la vocation de l'écrivain*. Es este el peso que adquiere el arte japonés en la novela, y sobre todo de un *japonisme* que ha permitido a Proust enraizar con aspectos budistas.

Hasta tal punto encontramos esta conexión con el budismo nipón que nos preguntamos si la magdalena, la misma que abre el abismo entre *Le temps perdu* y *Le Temps retrouvé*, no está estrechamente vinculada con las ceremonias japonesas del té (Chanoyu) propias de esta región, en la que se unifican muchas de las aptitudes heredadas del budismo zen. Porque como sabe el lector, las reminiscencias que experimenta el narrador en *Du côté de chez Swann* nacen al mojar este bizcocho en una taza de té. Todavía más, el narrador, al explicar dicho suceso intempestivo que le exhorta este acaracolado e histórico bizcocho, no tiene más a mano que una comparación japonesa a fin de explicar al lector rápidamente todos los recuerdos que pueden llegar a salir, como decía Okakura, de *una parda infusión*.

Et comme dans ce jeu où les Japonais s'amuse à tremper dans un bol de porcelaine rempli d'eau de petits morceaux de papier jusque-là indistincts qui, à peine y sont-ils plongés s'étirent, se contournent, se colorent, se différencient, deviennent des fleurs, des maisons, des personnages consistants et reconnaissables, de même maintenant toutes les fleurs de notre jardin et celles du parc de M. Swann, et les nymphéas de la Vivonne, et les bonnes gens du village et leurs petits logis et l'église et tout Combray et ses environs, tout cela qui prend forme et solidité, est sorti, ville et jardins, de ma tasse de thé (Proust, 1999: 47).¹³

¹³ «Y, del mismo modo que en ese juego con que los japoneses se divierten empapando en un bol de porcelana lleno de agua trocitos de papel hasta entonces indistintos y que, apenas sumergidos, se estiran, asumen contornos y colores, se diferencian volviéndose flores, casas, figuras consistentes y reconocibles, así ahora todas las flores de nuestro jardín y las del parque del señor Swann, y las ninfas del Vivonne, y la buena gente del pueblo y sus pequeñas casitas y la iglesia y todo Combray y los campos de alrededor, todo eso que está tomando forma y solidez, ha salido, ciudad y jardines, de mi taza de té» (Proust, 2000: 45).

Para finalizar, destacamos también la presencia de otros autores en la novela que, aunque no tuvieron contacto (en principio) con Oriente, albergaron ideas pintiparadas al budismo, reflexiones de las que no pudo por menos que verse afectado Marcel Proust. En primer lugar, destacamos la lectura en torno a la filosofía griega y helenística que sin duda realizó Proust desde su juventud. Platonismo, epicureísmo, estoicismo... Textos donde muchas de las máximas, o algunas de ellas, nos recuerdan a las disertaciones budistas. Marco Aurelio, en las *Meditaciones*, dice, por ejemplo: «las cosas en las que piensas determinan la cualidad de tu mente» (2008: 203); «el universo es flujo; nuestra vida es el resultado de nuestro pensamiento» (2008: 266).

Por otro lado, tenemos que rescatar también a Sócrates cuya forma de enseñar es, lo sabemos muy bien, conducir al interlocutor hacia sí mismo, hacia el conocimiento que lleva consigo pero que desconoce, para extraer de ahí –como pretende Buda– las respuestas verdaderas; para que cada uno alcance la autorrealización espiritual, la cual es, en buena medida, replegar nuestra intuición hasta el *nibbāna*. Platón, por medio del mundo de las Ideas, no está tan alejado como parece del budismo, cuya máxima es la de conocer a través de las impresiones. Entender la noción de «Idea» es conocer –que no re-conocer– los fenómenos sin atender a las etiquetas y al lenguaje. El pensamiento budista, como Platón, estarán de acuerdo en que se nos escapa continuamente la realidad primera.

Mencionaremos, por último, la figura de Pascal. Este autor, de gran calado para Proust, y citado a lo largo de la novela, deshilacha como Buda los agregados del yo para acabar diciendo «el yo es odioso» (Pascal, 2015: 87). En definitiva, diremos como resumen que Proust estuvo indirectamente influido por Oriente, así como por el arte japonés, cuyas bases se asientan en el budismo zen.

3. Proustianos y budistas

Retrocedamos al episodio de la magdalena. Este histórico momento con el que Proust introduce el valor de la *mémoire involontaire* nos permite cambiar levemente nuestro rumbo para dar cuenta de tantos proustianos que, leyendo este pasaje, sintieron que Proust estaba vencido por algunas máximas de Buda. Principalmente, la que consiste en atender correctamente al momento, al ahora,

y es que el héroe de la *Recherche*, saboreando este bizcocho, puso toda su atención al momento presente, el cual daba alojamiento a recuerdos del pasado. Ahora bien, recuerdos del pasado en sí mismos. Dejando, por lo tanto, a un lado las influencias orientales, podemos pasar a recopilar las teorías de aquellos autores y comentaristas que, advirtiendo parecidos budistas en este pasaje, son de nuestra opinión al relacionar a Proust con el budismo.

Efectivamente, en el interior de esta taza de té nos hemos encontrado con más estudios que han relacionado sendos pensamientos. Es el caso de Amra Memić, Mary Taylor, Richard Freeman o, tal y como mencionábamos al comienzo, de Pico Iyer. Cuatro comentaristas proustianos, desconocidos entre sí que, junto a Jeff Humphries, se han convertido en el séquito budista proustiano. Condicionados por ramas diferentes del budismo, cada uno de ellos ha propuesto unas ideas que a la postre son las teorías antecedentes que andábamos buscando y que tenemos el deber de exponer aquí:

En primer lugar, la profesora de filosofía y literatura Amra Memić también ha sospechado la existencia de una conexión entre la *madeleine* y las ceremonias del té de Japón. En su lúcido artículo *Marcel Proust y el budismo zen*, Memić va a estrechar los vínculos del budismo con la narración proustiana, empujada por el paralelismo que presenta las reminiscencias involuntarias del héroe con el estado cumbre que se reconoce en esta rama del budismo: el satori. El satori, indica esta autora, «se produce en el momento en que la mente está realmente vacía, cuando te liberas de todas las influencias que salen de ella y se encuentra en su máxima potencia» (2017: 156). Es un estado que podemos identificar varias veces en la novela y al que le precede siempre un tropiezo fortuito del héroe con *la mémoire involontaire*. El más famoso, el de la infusión y la magdalena. Dice Memić:

Lo particularmente interesante de Proust a través de su experiencia satori es que se produce a través del ritual del té, porque sobre él se celebra la ceremonia del té budista más conocida del mundo (Chanoyu) (2017: 156).

Amra Memić está trabajando en este pasaje porque, además de permitir una comparación entre el estado meditativo del narrador y el que experimenta el budista a través del satori, el punto de toque —el que transforma *les vicissitudes de*

la vie del héroe en *indifférentes*, o la *brièveté* de la misma en *illusoire*— es paradójicamente una humeante *tasse de thé*. Y sobre el té, como ya se ve, se ha originado todo un ritual en Japón influido por las enseñanzas de Buda; ritual, por cierto, procedente de China. Conocido como Chanoyu, conduce a los presentes a una práctica budista, ya que lo que se promueve en estas reuniones es mantener la atención al momento presente, a paladear, como Proust, el sabor del té. En el majestuoso libro *El libro del té* de Okakura, leemos:

La ceremonia representaba una ficción improvisada, actuada alrededor del té, de las flores y de las pinturas. Ninguna divergencia de color debía provocar desarmonía en el conjunto del «recinto»; ningún rumor desacompañado debía interrumpir el ritmo de las cosas, ni un gesto desbaratar la armonía, ni un vocablo fraccionar la unidad del ambiente. Estas fueron las coordenadas de la ceremonia del té (2005: 32).

Por otro lado, Mary Taylor y Richard Freeman, dos profesores de yoga que han escrito conjuntamente el libro *The Art of Vinyasa*, han utilizado como ejemplo el preciado bocado de la magdalena de Proust para explicar el funcionamiento de la mente del hombre, logrando una tesis parecida a la que apuntaba Memić a través del satori: «Quizás en ninguna parte de la literatura occidental se haya capturado esta experiencia de forma más bella y célebre que en el recuerdo de Marcel Proust de las cosas pasadas» (2016: 105).

La experiencia a la que se refieren Taylor y Freeman es la de purificar la mente del tren de pensamientos (*samskāra*¹⁴) que ata al yo en una realidad sufriente, y señalan cómo la mente del protagonista queda efectivamente liberada al saborear la magdalena. Todo el proceso lo demuestran con conceptos budistas. El héroe —expresan— se ha deshecho de los *samskāra*. Para estos autores, la magia de la *mémoire involontaire* ha permitido que la mente del héroe quede libre de todo tipo de composición. Y es que el narrador ya no se enfrenta a las leyes del hábito —tan espoleadas en sus reflexiones— sino que se

¹⁴ Los elementos denominados así son aquellos que han congestionado la mente de los sujetos, elaborando sobre la conciencia composiciones que no son sino creaciones irreales, construcciones que nos mantienen encerrados en la ignorancia.

encuentra de súbito en el lugar donde se dice que «Buda contempla perfectamente» —o como hubiera dicho Schopenhauer: Marcel se ha elevado a *puro sujeto cognoscente*—. Ellos, Mary Taylor y Richard Freeman, se han convertido en dos referentes más en los que apoyar nuestro estudio sobre Proust y Buda.

Y, por supuesto, no queda de más recordar al pionero que comenzó a indagar esta relación como es Pico Iyer. No obstante, él va más allá de la taza de té. Indaga, por ejemplo, al respecto del hábito: «No puedo pensar en una formulación más clara que la que enseña [Proust] de que el hábito es la forma en que nos mantenemos fuera de la verdad, encarcelados en nuestras cabezas, y no en el mundo» (24/12/2013: párr. 6); o sobre cómo el narrador consigue salir de sí mismo, de su propio yo, para observar de cerca las emociones, las aficciones y practicar, en suma, *anatomía del alma*.

En este orden de ideas, no es para menos sospechar que Proust ha conseguido obtener gran parte de la clarividencia de Buda; su obra repara continuamente en los engaños de una vida asentada en lo *trivial* y la recompensa por buscar, como lo demuestra el narrador desde el principio, una apertura hacia la vida *esencial*. Por tanto, no es sólo la magdalena lo que nos conduce a relacionar a Proust con Buda, es el profundo examen del narrador hacia los sentimientos, examinados no desde la óptica de su propia subjetividad, sino depositados en una placa de Petri para que él y todos los lectores miremos por el gran angular y comprendamos más de nosotros mismos, más sobre ese *souffrance* que parece inherente en el hombre y que, como buen doctor, trata Buda hasta su sanación. Como también apunta Iyer, el problema reside en que nuestra mente no se encuentra en el foco correcto, y retrotraída hacia sí misma, siempre constituye un ribete ególatra:

Si tengo que comprender los trucos que hace la mente en torno a sí misma —la manera como sustituimos nuestras nociones de realidad por cómo son realmente las cosas y la inherente necesidad de desmontar el sufrimiento que las creencias falsas originan— no puedo imaginar un mejor guía y amigo que el autor de la *Recherche* (24/12/2013: párr. 2).

En orden a lo cual, desde las conversaciones del narrador con Elstir, al que ya hemos identificado por poseer características budistas —«on ne reçoit pas la

sagesse, il faut la découvrir soi-même après un trajet que personne ne peut faire pour nous, ne peut nous épargner, car elle est un point de vue sur les choses» (Proust, 1999: 678)¹⁵—, hasta las reflexiones del héroe sobre las muchas individualidades que va adquiriendo los sujetos (lo que Proust llama —e Iyer expone— «the variability of the self» (Iyer, 24/12/2013: párr. 7), son puntos que se extrae del texto de Iyer. A fin de cuentas:

Pocos escritores se han traspasado a sí mismos: sus suposiciones, sus romances, de manera tan libre de sentimiento como el intermitentemente solitario francés, quien, en el mismo libro, indica que «jamás deberíamos, por prudencia, hablar de nosotros mismos, porque ese es un tema sobre el que podemos estar seguros de que las opiniones de los demás nunca están de acuerdo con las nuestras» (24/12/2013: párr. 7).

4. Conclusiones

Tal y como se advierte, en el primer capítulo hemos podido rastrear el origen de las suposiciones que algunos comentaristas proustianos han trazado relacionando a Proust con Buda. Al reparar, en un principio, en el texto de Pico Iyer —y dando validez a sus reflexiones—, queríamos postular la idea de si Proust era un «budista accidental» o si, por el contrario, tuvo algún tipo de contacto con Oriente. Pese a que no hemos podido confirmar lazos directos con los sermones de Buda, sí hemos encontrado a una serie de autores que marcaron el pensamiento del escritor francés y que elaboraron sus reflexiones merced a la cultura y las religiones orientales. Los más destacados: Schopenhauer, Nietzsche y Leconte de Lisle. Asimismo, advertíamos dos corrientes orientales en Francia que cambiaron el pensamiento de los franceses: el «orientalismo» en el siglo XVII y XVIII y el «japonismo», en el siglo XIX, que Proust describe a la perfección en su novela y mediante el cual construye a su personaje Elstir. Con todo, hemos

¹⁵ «La sabiduría no se recibe, hay que descubrirla por uno mismo al término de un trayecto que nadie puede hacer por nosotros, ni nadie puede ahorrarnos» (Proust, 2000: 759).

confirmado la premisa inicial: que Proust tuvo una influencia de naturaleza indirecta por Oriente, y que, por consiguiente, es natural encontrar aspectos en su narración que nos recuerde a las enseñanzas de Buda. Como se ha advertido también, el lector podrá acudir a la investigación que proponemos en *Proust y Buda: la superación del sufrimiento. Una lectura budista de À la recherche du temps perdu* para encontrar un completo estudio de la obra de Proust buscando en ella los rasgos budistas que este artículo sugiere.

En el segundo capítulo, dado nuestro interés por un Proust más oriental, hemos encontrado por el camino a más autores que también reconocían rasgos orientales en la narración de Proust. Son: Humphries, Taylor, Freeman, Memić y el ya mencionado Iyer. Hemos recopilado sus teorías y concluido que todos ellos coinciden en que en el capítulo de la magdalena el narrador hace las veces de Buda para manifestar una minuciosa atención al momento presente.

Bibliografía

- ARNAU, JUAN (2005). *La palabra frente al vacío. Filosofía de Nāgārjuna*. México: FCE, COLMEX.
- (2007). *Antropología del budismo*. Barcelona: Kairós.
- AURELIO, MARCO (2008). *Meditaciones*. Barcelona: Gredos.
- BORGES, JORGE LUIS Y JURADO, ALICIA (1978). *¿Qué es el Budismo?* Argentina: Microfon.
- DIESBACH, GHISLAIN DE (2013). *Marcel Proust*. Barcelona: Anagrama.
- Dhammapada. La enseñanza de Buda*. (162015). Versión de Narada Thera. Madrid: Edaf.
- Correspondence de Marcel Proust*. (1993). Texto establecido, presentado y anotado por Philip Kolb, tome XXI. París: Plon.
- FRAISSE, LUC (1997). *Proust et le japonisme*. PU Strasbourg.
- GAZTELU, TERESA (2014). *Una lectura del Theravāda desde la Philosophische Lebensberatung*. [Tesis doctoral inédita]. Universidad Complutense de Madrid.
- HOKENSON, JAN (1999). «Proust's "japonisme": Contrastive Aesthetics», *Modern Language Studies*, pp. 17-37.
- HUMPHRIES, JEFF (1999). *Reading emptiness: buddhism and literature*. SUNY Press.

- IYER, PICO (24/12/2013). «Proust: The Accidental Buddhist», *NYR Daily*, [en línea], <<http://www.nybooks.com/daily/2013/12/24/proust-accidental-buddhist>> [Consulta: 15/07/2018].
- Jataka. Veintitrés nacimientos del Buddha Gotama* (1998). Traducción directa del pali Daniel De Palma. Madrid: Miraguano.
- KRISTEVA, JULIA (2005). *El tiempo sensible: Proust y la experiencia literaria*, trad.: Jaime Arrambide, Buenos Aires: Eudeba.
- LARGUE, DUNKAN (1995). *Nietzsche and Proust. A comparative study*. [Tesis doctoral], Universidad de Oxford. [En línea] < https://ora.ox.ac.uk/objects/uuid:7a123349-3625-4b04-9d4a-0251fdf5b80d/download_file?file_format=application/pdf&safe_filename=602337340.pdf&type_of_work=Thesis > [Consulta: 16/07/2018]
- MARTINO, PIERRE (1906). *L'Orient dans la littérature française au XVIIe et au XVIIIe siècle*. París: Coulommiers. [en línea] < <https://ia800204.us.archive.org/6/items/lorientdanslali00martgoog/lorientdanslali00martgoog.pdf> > [Consulta: 16/07/2018]
- MAUROIS, ANDRÉ (1958). *En busca de Marcel Proust*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- Majjhima Nikāya, Los Sermones Medios del Buddha*. (42015). Traducción del pali, introducción y notas de Amadeo Solé-Leris y Abraham Vélez de Cea. Barcelona: Kairós.
- MEMIĆ, AMRA (2017). «Marcel proust and zen-buddhism (What is satori and why is Proust buddhists ?)», *Palimpsest, internacional journal for linguistic, literary and cultural research*, vol. 2, no 3, pp. 149-161. [En línea] < https://www.academia.edu/33115544/PALIMPSEST_VOL_II_NO_3_2017 > [Consulta: 16/07/2018]
- NAVA, DAVID (2015). *La mirada contemplativa desde el recuerdo, Proust y Schopenhauer*. [Trabajo final de Máster]. Universidad de Castilla-La Mancha.
- (s.f). *Proust y Buda: la superación del sufrimiento. Una lectura budista de À la recherche du temps perdu*. [Tesis Doctoral inédita. Aparecerá en 2019]. Universidad Complutense de Madrid.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH (2000). *El Anticristo*. Trad. Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza.
- OKAKURA, KAKUZO (2005). *El libro del té*. Buenos Aires: Quadrata.
- ORPRAYOON, THIPSUDA (1992). *Quelques aspects de la religion et de la philosophie de l'Inde dans la littérature du XIXe siècle français*. [Tesis doctoral], Grenoble 3.
- PAINTER, GEORGE D. (1967). *Marcel Proust. Biografía*. 2 vol. Barcelona: Lumen.
- PASCAL, BLAISE (2015). *Pensamientos*. Madrid: Alianza.

- PRAT, MICHEL (1981). «Proust et la lanterne magique de Schopenhauer», *Revue de Littérature Comparée*, 55 (2), pp. 195-207.
- PROUST, MARCEL (1999). *À la Recherche du temps perdu*. (1 vol.) Texto establecido bajo la dirección de Jean-Yves Tadié. [París]: Gallimard.
- (2000). *A la busca del tiempo perdido I. Por la parte de Swann. A la sombra de las muchachas en flor*. Edición de Mauro Armiño. Madrid: Valdemar.
- (2002). *A la busca del tiempo perdido II. La parte de Guermantes. Sodoma y Gomorra*. Ed. de Mauro Armiño. Madrid: Valdemar.
- (2005). *A la busca del tiempo perdido III. La prisionera. La fugitiva. El tiempo recobrado*. Ed. de Mauro Armiño. Madrid: Valdemar.
- (1975). *Los placeres y los días*. Trad. de Consuelo Berges. Madrid: Alianza.
- (2011). *Contre Sainte-Beuve*. Trad. de Mariano Fiszman. Buenos Aires: Losada.
- (2005). *El indiferente y otros relatos*. 2.ª ed. Madrid: Funambulista.
- (2013). *La muerte de las catedrales*. Madrid: Trifaldi.
- Proust y Rivière. Correspondencia 1914-1922*. (2017). Trad. Juan de Sola. Segovia: La uña rota.
- SCHOPENHAUER, ARTHUR (2010). *El mundo como voluntad y representación* (2 vol.) Madrid: Alianza.
- SUMEDO, AJAHN (2015). *Las cuatro nobles verdades*. Trad. Dhammajose, Pablo Catalán y Hugo Vega. England: Amaravati Publications.
- SUZUKI, JUNJI (1996). *Marcel Proust et le japonisme*. [Tesis doctoral], Universidad de Paris IV: Paris-Sorbonne.
- TAYLOR, MARY Y FREEMAN, RICHARD (2016). *The Art of Vinyasa: Awakening Body and Mind Through the Practice of Ashtanga Yoga*. Shambhala Publications, Incorporated.
- Udāna. La palabra de Buda* (2006). Traducción del pāli, introducción y notas de Carmen Dragonetti y Fernando Tola. Madrid: Trotta.

Recibido: 16/07/2018

Aceptado: 26/10/2018

Este trabajo se encuentra bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0



